

II PREMIOS DE OPINIÓN INNOVADORA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA-LAS PROVINCIAS
Modalidad A: Ciencias sociales y de la educación y humanidades

La ciencia también es cultura

ALBERTO APARICI

Hace unos días escuchaba yo una tertulia radiofónica y salió a colación el lúcido pintor estadounidense Edward Hopper (1882-1967). Ante mi sorpresa, los contertulios fueron capaces de citar, casi sin mediar reflexión, no menos de tres de sus obras; alguna no era de las más recordadas. Mi sorpresa fue doble: por un lado me complació que se prestara pública atención a una figura que no es de las más consideradas a este lado del charco (lo reconozco, cedí al agujonazo del fan); por otro, inmediatamente recordé que esos mismos contertulios, semanas o meses antes, se habían declarado incapaces de valorar la relevancia del descubrimiento del bosón de Higgs, o se habían excusado de comentar cierta teoría económica porque «yo era muy malo en matemáticas». No me

malentendían: nadie tiene por qué saber qué es un agujero negro o qué es exactamente lo que hace el ADN, de la misma manera que nadie tiene por qué conocer 'Las Meninas' o haber escuchado 'Yellow Submarine'. En realidad, si quieren, todos somos ignorantes: hay mucho que aprender y el tiempo es limitado; nadie puede saber de todas las cosas, y si alguien lo consigue es porque es una especie de fenómeno. El problema no es no saber: el problema es que a uno le traiga sin cuidado no saber. En este país, admitir que uno no sabe nada de ciencia sale gratis, o como mucho se zanja con un escaquito «es que yo soy de letras»; me gustaría saber cuánta gente se atrevería a decir en voz alta «pues no sé quién es Hitler y, francamente, me importa un bledo». Situaciones tan serias como ésta se producen cada vez que alguien declara que la Relatividad de Einstein es «muy difícil», o cada vez que se habla de alimentos transgénicos como si brotaran de un tubo de ensayo.

España está huérfana de cultura científica, y lo está como consecuencia de la desidia de todos: la de los que confunden ser de letras con no abrir nunca un libro de matemáticas (o al menos uno de historia de la ciencia), y la de los científicos que consideran que contar a la sociedad lo que hacen es una pérdida de tiempo o una ocupación de segunda categoría. Sea como sea y se culpe a quien se culpe, es un hecho que una parte sustancial de la población vive de espaldas a la ciencia; algunos, probablemente, piensen que no hay nada de malo en ello. Pero se equivocan. Escoger cerrar los ojos tiene consecuencias: en nuestro país hay una facultad de medicina que tiene una cátedra de homeopatía; en nuestro país hay periódicos que apenas dedican una página a la semana a la ciencia, pero todos tienen una columna diaria con horóscopos. La falta de cultura científica promueve la superstición y hace a la sociedad más vulnerable y menos crítica. La ciencia no es magia; no nos va a enseñar nuestro lugar en el universo ni nos va a decir qué debemos hacer para ser felices; eso, para bien y para mal, es cosa nuestra. Pero si nos da información sobre cómo es el mundo que nos rodea, nos proporciona herramientas para pensar mejor y, si sabemos jugar nuestras cartas, nos ayuda a equivocarnos menos. Una sociedad que no tiene interés en esas cosas está, como la que desconoce su historia, condenada a caminar en círculos.

Es hora de romper el círculo; hay gente que lleva años peleando por hacerlo, en nuestro país y en otros. Lean libros, naveguen por internet, fórmense una idea, pónganla a prueba con los hechos: la ciencia es eso. Por el camino descubrirán cosas extraordinarias: que algunos parientes lejanos nuestros tenían siete u ocho dedos en cada mano, que los electrones se comportan de manera diferente cuando los miramos y cuando no lo hacemos, que aún desconocemos la identidad del 95% de la energía de nuestro universo. La mala noticia es que a todos nos queda todavía mucho por aprender; la buena es que la historia es emocionante y hermosa y está llena de grandes sorpresas. Repitan conmigo: la ciencia también es cultura.



MIKEL CASAL